
Globalización transnacional y respuestas económicas *El caso de Chile*

José Cademártori*

Quiero expresar en primer lugar la satisfacción de estar aquí, en esta reunión pionera que por sus características y sus participantes de tan diversas procedencias está llamada a tener interesantes proyecciones, tanto por lo que aprendemos unos de otros como por lo que puede surgir de acá, como trabajo solidario. No he preparado una ponencia especial, porque quería primero escuchar a los demás y tener en cuenta sus aportes. Naturalmente, voy a hablar de Chile, pero también de las preocupaciones que aquí se han manifestado. La reunión de esta mañana, las ponencias sobre el tema económico argentino, son para los chilenos muy importantes tanto por la similitud de las políticas que se aplican en nuestros países como por los efectos que producen al otro lado de los Andes.

El carácter transnacional de la globalización

Voy a partir sobre el tema de la globalización. En el título de este Seminario esta idea general está ligada con su impacto en la región, en diversos países, y con las respuestas sociales y políticas que ameritan. Ahí yo habría agregado: las respuestas “económicas”. Respuestas económicas es la gran tarea específica que tenemos los economistas. Por supuesto, me refiero a los economistas no neoliberales, antineoliberales. Es un tremendo desafío. Es algo que nos tiene que comer el

* Economista e Investigador. Presidente del Instituto de Ciencias “Alejandro Lipschutz” (ICAL) en Santiago de Chile.

alma a los economistas con visión humanista, porque todos sufrimos un retroceso muy serio, del cual todavía no nos reponemos del todo. Este impacto a veces se deja ver en cierto pesimismo, respecto a poder cambiar el rumbo de los acontecimientos, si podemos o no elaborar nuevos modelos económicos viables. Personalmente soy optimista, porque la crisis provocada por el neoliberalismo está exigiendo cambios, y si aprendemos de nuestros errores podemos recuperarnos de las derrotas, una y otra vez. Siempre hay posibilidades, oportunidades. Hay que saber buscarlas y encontrarlas, formular las salidas correctas, realistas, y no quedarse sólo en el diagnóstico o en la crítica de lo existente.

Todos, más o menos, entendemos lo que queremos decir con la globalización. Pero siempre aparece alguien que dice: hay varias interpretaciones o escuelas. Desde luego, existen los apologeticos y los críticos de la globalización. Nosotros tenemos acá una interpretación crítica de la forma en que se está llevando esta globalización dominada por la burguesía multinacional. Pero, por muy críticos que seamos, creo que todos partimos desde un punto de vista: y es que vemos como una oportunidad la tendencia hacia una mayor integración de la humanidad, la posibilidad de una mayor colaboración consciente de los pueblos para hacer más “vivable” este planeta, para todos y no para unos pocos. Ese es el gran desafío del siglo XXI. Pero no sabemos qué tipo de mundialización va a surgir. Y creo que hay dos vías posibles. Una es la globalización capitalista o, más precisamente, la globalización transnacional, y la otra es la globalización alternativa. No le voy a poner nombre, porque en esto todavía no hemos llegado a un consenso.

Es importante ver cómo la globalización actual está siendo impulsada por un nuevo agente económico, la “burguesía transnacional”, que actúa directamente o indirectamente a través de sus corporaciones, la Casa Blanca, el G-7, la OTAN, el Fondo Monetario o la Organización Mundial de Comercio, los medios globales de comunicación, o los institutos ideológicos a su servicio. Hay una transformación de gran alcance: la burguesía monopólica y financiera de los grandes países capitalistas está perdiendo su carácter nacional en el sentido tradicional. Por medio de fusiones o alianzas con grupos burgueses de otros países, aprovechando las nuevas tecnologías, busca la dominación mundial, incluso al precio de sacrificar a muchos capitalistas medios o pequeños de sus naciones, que han sido históricamente sus principales aliados. Incluso los monopolios norteamericanos, lejos los más poderosos, comprenden que solos no pueden, y por eso se fusionan o hacen alianzas en las que mantienen el papel principal. Los intereses económicos y políticos de la gran burguesía internacional entran en conflicto con las clases nacionales, tanto las trabajadoras como los sectores nacionales de las pequeñas y medianas burguesías. Las consecuencias de esta tendencia las estamos sufriendo en América Latina, tanto por la penetración avasalladora de las transnacionales foráneas como por la transformación de unos pocos grupos financieros monopólicos locales, los cuales tienden a internacionalizarse y a apartarse de los intereses nacionales. Es lo que hacen al adoptar el neoliberalismo como la ideo-

logía que les es más funcional. Esta burguesía cosmopolita, comprendidos en ella sus burócratas y tecnócratas, tiene otra manera de ver el mundo; modifica su estilo de vida, adopta otra visión de la política, le importan menos las diferencias partidistas, la ideología, los valores. Le importa más utilizar a los políticos de cualquier color, origen o etnia, comprarlos y ponerlos a su servicio. Necesitamos profundizar en este proceso para comprenderlo mejor y saber enfrentarlo, ahondar en la realidad de los grupos económicos latinoamericanos, sus relaciones con los grupos de los países centrales, sus vínculos con los medios y los pequeños capitalistas que ahora se encuentran en una situación de mayor precariedad o dependencia. Para mí, ese es el gran enemigo mundial, que está en todas partes, que quiere dominar el mundo y adaptarlo a su afán ilimitado de riqueza y poder, sin importarle los daños a la naturaleza y a los seres humanos.

Los efectos de la globalización en Chile

En este cuadro mundial, los chilenos estaríamos viviendo los beneficios de la transnacionalización, a la que nuestros economistas “social-liberales” llaman la “economía abierta”. Chile entero se habría beneficiado de la globalización. Es efectivo que hemos tenido una enorme expansión de las exportaciones y del comercio exterior. Los precios de las materias primas estaban a altos niveles. Tuvi- mos años de abundantes inversiones de capitales extranjeros. Se recuperaron los ingresos fiscales y el gasto social, pero las conquistas sociales de fines de los ‘60 y comienzos de los ‘70 en educación, salud o seguridad social, no han sido supe- radas hasta ahora. Es cierto que disminuyó la pobreza comparada con los años in- soportables de la dictadura, pero las desigualdades se mantuvieron o se ahonda- ron en diversas áreas. Se le llamó un período de “milagro económico”, durante algo más de diez años, con muy altas tasas de crecimiento del Producto Geográfi- co Interno. Pero todos los milagros económicos son transitorios y llegan a su fin.

La crisis asiática que se inició a mediados del ‘97 marcó un cambio de tenden- cia. Había factores negativos en la economía chilena que desde antes apuntaban al agotamiento del modelo. La crisis asiática los puso más de relieve, y las políticas neo- liberales los han acentuado. Vino una fuerte recesión, creció el desempleo al nivel más alto registrado en un decenio y medio. Las desigualdades sociales, las carencias de los pobres, la inseguridad, el malestar social se hicieron más patentes. Tres años después vivimos en recuperación, pero ésta avanza lentamente, con síntomas de estancamien- to. Hay una recuperación, pero no con la rapidez que quisieran los neoliberales. Las predicciones de Lagos y sus asesores eran de un 7% para este año e igual para todo el sexenio. Ya no están seguros de que sea un 7%, ni tampoco un 6%. Algunos otros expertos ya están hablando de 5% y menos para los próximos dos años.

Por otro lado está el problema de la balanza de pagos. En este minuto noso- tros estamos bien, con un reducido déficit en la cuenta corriente, un 2%. Pero te-

nemos una deuda externa por culpa de los grupos financieros monopólicos que está creciendo vertiginosamente, sin control, y que ya alcanza a la mitad del Producto Geográfico. Y puede suceder, como en el '81, que Pinochet nos obligue a todos los chilenos a pagarla, con enormes sacrificios para la población. En todo caso, el bajo déficit en cuenta corriente se debe a la recesión, al deprimido poder de consumo, por eso las importaciones han descendido. Pero, con la misma recuperación y la fase de auge del ciclo, ese porcentaje va a subir al 4%, al 5% o al 7%. Entonces, otra vez, los neoliberales van a tratar de frenar ese crecimiento del déficit, no restringiendo las importaciones por vía directa que sería lo lógico, sino por vía indirecta, atacando el consumo de la población, provocando deliberadamente la recesión interna, con graves consecuencias para el desempleo. Tal como se decía hoy a la mañana respecto de Argentina, así nos pasa en Chile. El modelo económico liberal estimula las importaciones más que las exportaciones con consecuencias negativas para la producción interna y para todo el país.

Hemos tenido varias crisis de la balanza de pagos. Pero no fueron tan desastrosas como los efectos Tequila y Tango, por ejemplo. Eso se evitó porque en los primeros años '90 se puso en práctica el plan French-Davies destinado a frenar el movimiento de entrada y salida de capitales financieros de corto plazo, movimiento errático que tantos estragos causó en varios países. Pero la presión de las transnacionales ha sido tan grande que ya el gobierno de Lagos, dando una señal de debilidad peligrosa para el futuro, aceptó eliminar las restricciones y controles a la entrada y salida de capitales especulativos. Luego viene la segunda demanda de los especuladores de Nueva York: eliminar el impuesto a las ganancias especulativas. También ha sido aceptada. Ahora estamos en condiciones para que nos llegue un impacto como el efecto Tequila.

Un tema nuevo, altamente peligroso y que los economistas derechistas están planteando en el continente, es la dolarización. Las razones de la convertibilidad, llevadas al extremo, conducen a la dolarización. El avance de la globalización transnacional, bajo la hegemonía norteamericana, nos lleva a la dolarización. Ahora la están probando en Ecuador, como experimento piloto. Si logran afianzarla la van a propiciar para todos nuestros países. Es un paso decisivo para la subordinación completa del continente dentro de la economía norteamericana. Sería la imposición del ALCA y la liquidación del Mercosur, la imposibilidad de cualquier esquema integrador de nuestros países: un solo mercado desde Alaska hasta Tierra del Fuego, el espacio ideal para el dominio total de las corporaciones norteamericanas.

Se siente una gran incertidumbre para el futuro próximo, especialmente por la desaceleración en Estados Unidos, que tendría un fuerte impacto en Asia y, por ambos, en nuestro continente. Chile es muy dependiente de lo que pase con los precios del cobre, la celulosa y algunas otras materias primas que exportamos y, a la vez, muy dependiente del petróleo que importamos. Hay también en los círculos empresariales la percepción de un cierto agotamiento del modelo chileno,

tanto por mediocres perspectivas de las áreas que rindieron en el pasado, como por la falta de nuevos proyectos y por el creciente descontento de la población.

No voy a hablar más de este punto porque Orlando Caputo, que está aquí, se ha especializado en desentrañar los problemas que hay en relación con el cobre. En síntesis, hay gente en Chile, entre los adoradores del libre mercado, que empieza a decir: “¿no se habrá agotado este auge exportador? ¿No habrá que cambiar de políticas?”. Están apareciendo informes especializados que dicen: “¿hasta cuándo con las materias primas?”.

Las debilidades del modelo exportador

Hay tendencia a la sobreproducción de cobre. Está el agotamiento de las reservas pesqueras. Con la superexplotación de los bosques, sus efectos medioambientales están produciendo estragos. El avance arrasador de las plantaciones exóticas, la construcción de plantas eléctricas y de fábricas de celulosa que destruyen los recursos naturales, ha tropezado con la resistencia dura, inédita, del pueblo mapuche y también de campesinos y agricultores, pescadores, además de grupos ecologistas. Por otro lado, está la intensificación de la competencia internacional. A los fruticultores chilenos, tan exitosos en el pasado reciente, les es cada día más difícil vender uvas o manzanas. Estamos compitiendo, en vez de cooperar, con los fruticultores argentinos y latinoamericanos. A lo anterior hay que agregar las políticas cambiarias exigidas por el FMI, que perjudican a los exportadores y productores en el mercado doméstico a favor de los importadores. Los trabajadores están cansados de la sobreexplotación y reclaman nuevas reglas laborales. Es cierto que hay intentos para buscar soluciones. Se busca plantar otras variedades, hay un cierto esfuerzo por nuevos productos de mayor elaboración. En la pesca se intentan otras especies o el cultivo industrial. Se exploran nuevos mercados. Por lo tanto, no es que el auge exportador va a colapsar totalmente de la noche a la mañana, pero hay una clara tendencia hacia la desaceleración y al estancamiento. Es mi opinión personal. Puede haber crecimiento, pero con fuertes altibajos, ya no a las tasas de los ‘90.

Esta es la perspectiva y por eso aparece el debate sobre qué hacer. Está en el tapete la cuestión de las exportaciones con mayor valor agregado. Desde hace diez años se habla de “la segunda fase exportadora”, pero muy poco se ha avanzado. Algunos economistas hasta quisieron creer que la veta estaba en las inversiones de los grupos monopólicos chilenos en Argentina u otros países. Pero estos grupos se endeudaron para expandirse, han tenido que detenerse, ceder participación a transnacionales más poderosas de Europa o Estados Unidos, o retirarse. “Producción con Mayor Valor Agregado”, un nombre nuevo para decir lo mismo que antes, con la doctrina de la industrialización. Ciertamente hoy el acero ya no puede ser el símbolo de la nueva industrialización. Ahora se trata de los chips, los robots, los programas computacionales, los procesos biotecnológicos.

Nuestros economistas ortodoxos hablan mucho de modernidad, de Internet, etc. Pero lo que quieren es que seamos consumidores de tecnologías. Conforme a los intereses estratégicos de las transnacionales a los cuales se adhieren, se nos insta a aprender a usarlas, pero nunca a pensar en producirlas, de modo independiente a las transnacionales. Toffler, Drucker, Thurow y otros gurúes que han venido a Chile nos instan a introducirnos en las industrias del futuro, especializarnos, producir para exportar algunos de estos bienes tecnológicos y del conocimiento. Porque si no tenemos industrias de este tipo, simplemente vamos a quedar fuera del mercado mundial. Sin embargo, los neoliberales se oponen a que la nación, el estado, tenga un Proyecto Nacional de Desarrollo. Nada que huelga a estatismo o planificación: está prohibido pensar con cabeza propia. Si la Microsoft quiere instalar una estación de trabajo o un laboratorio como parte de su estrategia mundial, entonces sí, bienvenidos sean. Nuestros gobernantes nos niegan la posibilidad de pensar la economía futura como nación. Ven a las transnacionales como el poder omnímodo al que hay que someterse y no como lo que son: fuerzas que, en algunos casos, pueden ser divididas, y en otros, enfrentadas con alianzas internacionales y fuerzas superiores o susceptibles de negociar, llegar a acuerdos parciales o transitorios, mutuamente convenientes. Pero todo esto sólo es posible con la condición de apoyarse en una mayoría nacional, con un proyecto nacional. Un proyecto que diga en dónde queremos capital extranjero y en dónde no, en qué condiciones y bajo qué modalidades de asociación.

Hacia una nueva industrialización

Si tan sólo volviéramos a impulsar la industrialización de nuestros recursos naturales ya sería un gran avance. Por ejemplo, bastaría que estableciéramos cuotas hasta llegar a la prohibición de exportar astillas o madera no aserrada, para incentivar la manufactura. En la industria cuprífera Chile exporta ahora menos cobre refinado o manufacturado que antes. Es lo que sucede con el litio, mineral de gran futuro que se exporta en bruto, perdiéndose la oportunidad de industrializarlo, crear fuentes de trabajo calificado y exportarlo con un valor agregado varias veces superior a la materia prima. Esta es la otra línea económica, la alternativa, la nacional-patriótica, la única verdaderamente racional.

Las clases populares, las mayorías nacionales, no tienen otro poder económico capaz de hacerle el peso a las multinacionales más que el poder político, el poder del estado y los recursos que administra. Esta fuerza decisiva está siendo debilitada, diezmada, traspasada a las transnacionales que quieren dominarlo todo. Nada del patrimonio nacional privatizado ha quedado como propiedad de los trabajadores o de pequeños y medianos empresarios. Todo ha sido concentrado y centralizado bajo el poder de pocos grupos privados. Por consiguiente tenemos que defender al estado, recuperarlo, no como un estado débil, sino con un fuerte

patrimonio de propiedad colectiva y con amplios recursos legales y económicos. La nación tiene que recuperar su arma fundamental, sin la cual queda indefensa. Hay que volver al estado, pues el estado es la fuerza material de los que nada tienen. Los estados nacionales, sustentados en la voluntad de la mayoría nacional y con su colaboración mutua, son los que pueden enfrentar la transnacionalización y trazar el rumbo de la integración mundial. Entonces hay que ser estadistas. Claro, se trata de un nuevo tipo de estado, más descentralizado, libre de las burocracias y las tecnocracias, sostenido en una auténtica democracia participativa. Tenemos que tener en cuenta muy autocríticamente los errores que las fuerzas de izquierda y de centro cometimos en el pasado en la gestión del estado, para hacerla en el futuro más democrática, eficiente y justa. Pero para eso es necesario, ante todo, liberarse del complejo de culpa del estatismo.

Aquí ha habido una pregunta, un gran tema para los economistas progresistas: descubrir las nuevas formas de la industrialización. Es un problema que abruma a no pocos economistas y a los jóvenes. ¿Dónde estarán los nuevos puestos que puedan absorber tanta cesantía? Tenemos que estudiar esta materia. Una lista mínima de las industrias que se expanden contempla la biotecnología, aparatos médicos, terapias de salud, mecanismos de medición y control, robótica, programas para computadores e Internet, nuevos materiales programados, diseño, turismo, nuevos métodos de enseñanza, regulación del medio ambiente, nuevas fuentes de energía. En Chile hubo en su época una gran fábrica de proyectos industriales con gente muy calificada que se llamó la Corporación de Fomento de la Producción. Fue desmantelada por la dictadura. Ya no hay un centro nacional generador de proyectos. Hay que recrearlo e impulsar la investigación científica y tecnológica en universidades e institutos públicos. A la vez, se requiere la elevación masiva de la calificación de los trabajadores.

Una relación equitativa con las transnacionales

Volvamos a los recursos naturales. ¿Cómo aprovechar mejor los recursos naturales que poseemos? Y digo poseemos, porque así como han sido privatizados por los políticos neoliberales, tendrán que venir otros gobiernos que los retornen al patrimonio nacional. Ahí tenemos la experiencia de la Organización de Productores de Petróleo. Estaba muerta la OPEP, decían. Pero surgió un nuevo gobierno venezolano, producto de una verdadera rebelión democrática pacífica, representativo de una mayoría nacional, que se propuso fortalecer a la OPEP. Fue necesario cambiar la política del gobierno anterior, que era obsecuente con las grandes potencias, boicoteaba a la OPEP y se proponía privatizar la industria. El nuevo Ministro de Minas y Presidente de la OPEP, Alí Rodríguez, se orientó a restablecer la unidad y la disciplina de la organización por medio de la coordinación con otros productores, y así el precio del barril se fue para arriba. Existen otras orga-

nizaciones de productores de café, cobre, etc. Todos tenemos posibilidades de hacer algo similar con nuestras materias básicas para obtener precios más justos. Hay que recordar las propuestas de los años '60, de Prebisch, de la CEPAL, de la UNCTAD, para mejorar la estabilidad y poder de compra de nuestros productos básicos. Todo eso hay que actualizarlo. Pero, naturalmente, eso requiere de gobiernos patrióticos, representativos de lo que necesitan las mayorías nacionales, unidos, colaborando entre sí, que no le tengan miedo a las transnacionales.

En el tema de las materias primas hay más para examinar. Por ejemplo, la repartición de los costos y los beneficios. ¿Qué es lo que nos está aportando la inversión extranjera, realmente? Hay que preguntarse cuánto se llevan y cuánto nos queda a nosotros, ver cómo ha evolucionado este reparto. Dejan algo de impuestos y los salarios de los pocos ocupados y compran algunos insumos o servicios nacionales. Todo lo que pueden lo traen de afuera, generalmente de sus filiales. El reparto ha cambiado para peor desde los años '70. Ahora se llevan mucho más que en el pasado, nos dejan mucho menos que antes. Por eso, en los últimos treinta años los países pobres se van quedando cada vez más atrás, y los países ricos, cada vez más ricos. Aquí alguien dijo que los gobernantes nos hablan de algo virtual pero no real. Efectivamente, machacan con que la inversión extranjera es sinónimo de mayor empleo y más bienestar para los locales. Más inversión extranjera, más producción, más empleo, todo mejor. Y eso no es cierto. La experiencia chilena dice lo contrario. Aumenta la inversión extranjera, aumenta la extracción y se exporta más en toneladas. Pero ¿cuáles son los beneficios para los chilenos? Por un lado, el despojo de una riqueza natural no renovable que no se amortiza ni se reemplaza, los bajos salarios, los escasos puestos de trabajo. Por otro lado, los cada vez menores precios recibidos en comparación con los productos elaborados que tenemos que importar.

Por lo tanto, aquí se necesita un nuevo estado para regular de manera racional y conveniente para la nación la extracción de los recursos naturales, establecer tributos equitativos, asegurar salarios y jornadas justas, beneficios para las regiones, etc. Medidas para proteger el patrimonio natural y la salud de los nacionales. Después de dieciocho años de dictadura militar sumisa y diez años de una democracia enclenque, las transnacionales se acostumbraron a explotar nuestros recursos sin regulaciones de ningún tipo. A cada rato nos amenazan: si se les toca sus privilegios, se van a ir de Chile. Nos anuncian que ya están construyendo plantas de cobre en Argentina o están plantando pino en Uruguay, o en el sur de Brasil. Chantajejan a nuestros gobiernos y nos hacen pelear entre nosotros, a ver quién les da más. Nos acusan de que estamos espantando a los inversionistas extranjeros si planteamos acabar con los privilegios. La verdad es que son ellos los que pierden si se van y nos dejan nuestras minas y nuestros bosques. Como lo ha demostrado la experiencia de decenios, los chilenos podemos administrar nuestros recursos naturales con empresas estatales. Allí están, entre otras, CODELCO, ENAP, el Banco del Estado, las que, gracias ante todo a sus trabajadores y técni-

cos, aportan más al estado y a la economía nacional que las transnacionales que compiten con ellas.

Consecuencias del sometimiento a la OMC

Otro ejemplo de cómo hemos sido afectados por la política de aceptar la globalización transnacional a fardo cerrado es el caso de la Organización Mundial de Comercio. La gestación de la Ronda Uruguay de la que surgió el Tratado de la OMC, que aprobaron los funcionarios chilenos y ratificaron los parlamentarios, fue una historia ignorada para los ciudadanos. Secreto total. Los congresales consideraron que era mucho estudiar un proyecto de ley que tenía 1.500 páginas, aburrido, lleno de tecnicismos, con todas las cláusulas de los acuerdos de la Ronda Uruguay, sobre el cual sólo había que decir sí o no. Lo aprobaron casi sin discusión, sin darse cuenta de sus consecuencias.

De repente, el gobierno mandó un proyecto de ley para eliminar lo que aquí pagan con papeles, la exención del IVA a las exportaciones. El gobierno dice: “señores, este subsidio se acabó”. Exportadores y parlamentarios se sintieron sorprendidos. Parecía que unos y otros no habían previsto las consecuencias del Tratado. Así fue como los exportadores fueron privados de un subsidio que les hacía mucha falta. A continuación, surge otro problema. Los destiladores británicos de whisky, con el apoyo de la Unión Europea, exigen un cambio de tarifa aduanera para sus exportaciones e igualarse con los productores nacionales de aguardiente. La OMC, haciendo uso de sus atribuciones como tribunal inapelable, apoya a los escoceses. El ultimátum es tajante: o Chile sube drásticamente el impuesto al pisco chileno o baja el tributo al whisky. Resultado: una industria tradicional que da trabajo a obreros, campesinos, transportistas y comerciantes de toda una región está en crisis. A lo anterior hay que agregar la tendencia del gobierno chileno a reducir los aranceles aduaneros más allá de lo comprometido con la OMC y en forma unilateral, sin obtener compensaciones a cambio. Este es otro golpe, sobre todo, a las pymes nacionales, como es el caso de la agricultura lechera, remolachera, ganadera y otras, textil, calzado, etc. Estos y otros sectores recién despiertan a la realidad. La nación está siendo sometida a leyes y acuerdos por los cuales no fue debidamente consultada y cuyos resultados son catastróficos. Entonces, ha habido un ocultamiento deliberado de los verdaderos efectos de la globalización. Y esto no es más que el comienzo. Están preparando en secreto nuevos tratados que afectarán la educación y otros servicios, la biodiversidad, etc.

Sabemos lo que pasó en Seattle. Es un campanazo, es un cambio muy importante. Y es nada más que el comienzo de una nueva situación en la cual hay una mayor conciencia de los problemas de la globalización. ¿Quién iba a esperar, realmente, una manifestación de 50.000 personas, durante una semana, venidas de todas partes, que se propusieron hacer fracasar el inicio de la Ronda del Milenio, de

un organismo casi desconocido, la Organización Mundial de Comercio? Los que llevamos decenios denunciando al Fondo Monetario Internacional, nunca pudimos sacar tanta gente a la calle. La conciencia acerca del imperialismo económico era muy fuerte en muchos países del Tercer Mundo, no así en los países ricos. Ahora el rechazo a la globalización y a todo lo que representa se extiende por todo el globo.

En ese sentido, creo que tenemos una responsabilidad muy grande de explicar todos estos nuevos fenómenos asociados a la globalización. No sólo la deuda externa, los tratados de libre comercio, la depredación del medio ambiente, la especulación financiera, sino también otros que están surgiendo. Por ejemplo, la propiedad privada sobre marcas y patentes, la imposición de los productos transgénicos, el control mundial de los medios de comunicación. En nuestro continente empieza a elevarse la réplica masiva, aunque con retraso en relación a las movilizaciones que se hacen en Europa, Asia y Estados Unidos.

Yo estuve recientemente en Estados Unidos y me formé una idea de los cambios que se están produciendo en sectores estudiantiles, académicos, sindicales y otros. Cuando cuento en Chile cómo se organizó lo de Seattle y Washington, me miran un poco incrédulos. Hay un cambio en la conciencia y, especialmente, en la comprensión de que es necesario luchar unidos, coordinados, desde los que trabajan por los derechos humanos hasta los medioambientalistas, defensa de los consumidores, movimientos feministas, pacifistas, sindicatos, etc. Crece el rechazo al tipo de mundialización que nos están vendiendo las transnacionales, en todos los planos, desde la “comida chatarra” y los insumos tóxicos hasta las formas de explotación del trabajo humano.

La expansión deformada del sistema financiero y el Impuesto Tobin

El sector financiero crece desmesuradamente en todas partes. La producción, los servicios y el consumo están pagando cada vez más un mayor tributo, sometidos al lucro del capital financiero. No podemos perder de vista que, en definitiva, un sistema financiero cualquiera está para servir al aparato productivo y no para servirse de él. Pero lo que ocurre también es que la oligarquía financiera, el capital financiero, obtiene rentabilidad más alta en la especulación financiera que en las actividades productivas. En Chile, las ganancias de los bancos han sido espectaculares. Lo mismo sucede con los corredores de Bolsa y con las Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP). Así las ganancias financieras sustentaron altísimos sueldos, indemnizaciones, bonificaciones, opciones para directores, gerentes, abogados, relacionadores públicos, asesores, comisionistas, etc. Todo un grupo pequeño y selecto. Durante los años de auge, los valores bursátiles aumentaban aceleradamente, muy por encima de las ganancias de las empresas productivas. Eran precios artificialmente altos, especulativos, imposibles de sostenerse.

Hasta que vino la caída y el estancamiento. Algunos corredores han quebrado. Pero los más perjudicados han sido los trabajadores que al momento de jubilarse han visto disminuidos sus fondos de pensión, han perdido años de trabajo. Los pequeños accionistas o ahorristas también han sido golpeados, mientras que los grandes han vendido sus paquetes de acciones y su control en los directorios a compañías internacionales a precios muy superiores.

De lo anterior se desprende que los que controlan los capitales financieros constituyen una verdadera casta parasitaria que prospera con el empobrecimiento de la mayor parte de la población. Las rentas de la llamada “intermediación financiera” se han elevado enormemente y día a día se inventan nuevos negocios, verdaderas trampas para esquilmar a los que no poseen dinero efectivo o acceso al crédito barato, a los deudores netos, sean pymes, consumidores, trabajadores, organismos públicos. Los endeudados, por alzas de la tasa de interés del mercado, pierden lo que les ha costado adquirir con tanto sacrificio o se ven obligados a dejarse explotar más intensamente para pagar las deudas. Por eso lo esencial, a mi juicio, para conseguir cambiar la situación actual, pasa por un cambio en la actitud de los trabajadores asalariados, cuentapropistas, campesinos, cesantes y semicesantes: de la ignorancia al conocimiento, de la resignación a la acción, de las protestas aisladas a la coordinación de sus movilizaciones. En la medida en que las mayores víctimas no acepten más sacrificios y digan “hasta aquí, no más”, todo se va a dar vuelta. Los empresarios que buscan compensar las mayores cargas que les imponen los de arriba, con mayores exigencias a sus dependientes, tendrán que darse vuelta y exigir alivio a los grandes poderes por los gravámenes financieros, de los monopolios y del estado.

Aquí Carlos Vilas habló de la necesidad de un capitalismo “organizado” frente al capitalismo depredador y socialmente caótico que hoy tenemos. Se entiende que por el momento no hay condiciones para pasar a un régimen socialista, que tampoco se construye de la noche a la mañana. En muchos países se está todavía en la lucha defensiva contra las privatizaciones o la pérdida de los derechos laborales, es decir, la lucha contra la implantación o profundización de la globalización. En otros, ya hay condiciones para pasar a la ofensiva, con propuestas que limiten o controlen la transnacionalización. Para esto se necesitará acumular más fuerzas sociales y, sobre todo, pasar a la etapa de la coordinación internacional de las luchas, de las acciones conjuntas de las organizaciones populares.

Un ejemplo relevante de cómo una propuesta positiva puede ayudar a despertar la conciencia contra la globalización y generar un movimiento mundial es el impuesto Tobin. Un grano de arena en los engranajes de la especulación financiera y, al mismo tiempo, la destinación de recursos para resolver problemas del hambre, las enfermedades y el analfabetismo mundial. Se trata de poner control, freno a los depredadores de las economías nacionales, a los excesos, a los abusos, a las feroces desigualdades que se han generado en los últimos treinta años. Pare-

ce una tarea difícil; para los pesimistas profesionales, imposible. Los reyes de las finanzas han reaccionado con indignación. Pero por la envergadura que han adquirido ATTAC y otras organizaciones antiglobalización, ya no pueden ignorar o despreciar el tema. Se van creando condiciones que la misma globalización impulsa con sus efectos negativos para construir una mayoría internacional de pueblos, naciones, movimientos sociales, partidos, etc. que impulse iniciativas como el impuesto Tobin, la anulación de la deuda de los países pobres, los derechos sociales de los trabajadores, el respeto al medio ambiente, los derechos de los consumidores, de las mujeres, de los indígenas.

La tasa Tobin tiene una gran importancia. No porque se vaya a implantar mañana, sino porque pone en el debate el cuestionamiento de la globalización. Nos están llevando al gobierno mundial, un tipo de gobierno contrario a los intereses de la mayoría mundial. Bueno, aquí hay un impuesto mundial que, junto con otras propuestas como la reducción de gastos armamentistas, proporcionaría dinero para muchas cosas útiles para la humanidad. Naturalmente, habrá que discutir la forma de administrarlo. Tal vez no sea viable hoy, ni quizás dentro de cinco años. No importa. Pero es una alternativa justa y viable, y contribuye a movilizar a los pueblos.